

## AFECTOS SON LEYES

Augusto Escribens<sup>1</sup>

El corazón y el alma son dos fuerzas humanas  
que emprenden una senda para no regresar  
Sus afectos son leyes que gobiernan y mandan  
labrando así la dicha como también el mal...

Felipe Pinglo Alva<sup>2</sup>.  
El Huerto de mi Amada.  
Vals criollo.

Los psicoanalistas, querámoslo o no, vivimos inmersos en el mundo afectivo que es el escenario de nuestra actividad profesional. Debería, quizá, en vez de escenario, decir “el objeto”. Pero ese es un punto digno de ser discutido, y no obturado por una apreciación precipitada. “Primero no saturar”, podría ser una regla de oro, que quizá todos deberíamos suscribir, más allá de nuestras específicas creencias, a pesar de su raigambre bioniana.

Quiero llamar la atención sobre tres perspectivas que considero importantes e interesantes para abordar el tópico de los afectos. No pienso que sean las únicas posibles, ni necesariamente las más importantes, pero son las que surgen en base a mi conocimiento de la teoría y la práctica psicoanalítica, mi propia mirada psicoanalítica y mis intereses personales.

Los intereses personales, a fin de cuentas, son muy importantes para cualquier psicoanalista, porque el psicoanálisis es una dedicación en extremo personal –lo atestigua la prescripción del psicoanálisis didáctico-, lo que quiere decir que cada

---

1 Psicoanalista Didacta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, ha sido Director Científico, Director del Instituto y Vicepresidente. Es miembro del Editorial Board del International Journal of Psychoanalysis. Premio 2000 del Cyro Martins de Psicoanálisis y Literatura otorgado por FEPAL.

2 Compositor emblemático limeño (1899-1936) del vals criollo, aunque también compuso polcas y one-steps. Autor del famoso vals *El Plebeyo*.

uno tiene que encontrar la verdad psicoanalítica dentro de uno mismo, para poder ser psicoanalista.

Pero eso quiere decir, también, que habrá más de una manera de ver el psicoanálisis, que las preferencias de alguien respecto a la teoría o la técnica o el oficio en el psicoanálisis habrán recibido la influencia de las respectivas historias individuales.

Se me acalambra el cerebro de pensar lo que podría decir un riguroso epistemólogo académico respecto a esto. Inclusive me pregunto cuánto de objetable podría encontrar en este aserto cualquier estudioso serio que haya dedicado tiempo y esfuerzo a la búsqueda de una verdad psicoanalítica unívoca e incontestable.

Tiemblo imaginando lo que podría pensar Wallerstein si estuviera acá. Él, que dedicó un congreso internacional de psicoanálisis a la pregunta de si había uno o muchos psicoanálisis, sin duda con el secreto deseo de que llegara a unificarse.

Sabemos que si el psicoanálisis no rescata la individualidad y la especificidad, tanto de las personas que lo padecen, como la de los que lo suministran, estará traicionando su esencia, aunque ser fiel a su identidad como exploración de la singularidad nos traiga severos problemas.

### **Qué es el afecto para el psicoanálisis.**

El afecto fue siempre un elemento central del psicoanálisis. Central y contradictorio, a lo largo del desarrollo de su teorización. Fue controversial desde sus orígenes, ligados a una fisiología fisicalista, tomada de Helmholtz (Jones, 1972) y basada en la doctrina del materialismo científico que veía a los organismos como sistemas de átomos en movimiento, en virtud de fuerzas concordantes con el principio de conservación de la energía.

Y lo siguió siendo hasta los tiempos actuales, en que existen posiciones que parecen querer despojar al psicoanálisis de toda referencia sustantiva a la materia.

Desde entonces y hasta ahora, el afecto ha sido y es el gran cuestionador. Se ha situado como el obstáculo máximo a la posibilidad de pensar el psicoanálisis en base a un conjunto uniforme y armónico de premisas, corolarios y reglas explícitas que deriven en observables predecibles, que permitan decisiones unívocas y definitivas.

Como el mensajero de la desesperanza frente a cualquier ilusión de llegar a la certidumbre unificadora: por distantes que parezcan unas de otras, las versiones divergentes de la disciplina psicoanalítica, existen, en importante medida por responsabilidad del afecto. Y como todo parece indicar, porque no disminuye su compleja variedad y pugna, seguirán existiendo.

Aunque cuando tenemos al frente una palabra tan familiar, tan albergada por nuestros gestos más privados, alumbrada por los tonos más plácidos de nuestra luminotecnia íntima, pensemos que debiera suscitar acuerdo; nos enfrentamos al más cruento conflicto de definiciones.

Y si reparamos en que el uso cotidiano se encarga de hacernos olvidar que desde la cólera más leve hasta la más fiera ira, ellas también merecen ese nombre, entonces nos encontramos con lo contradictorio del afecto en nosotros mismos.

Esto es lo mismo que decir que el afecto es intrínsecamente subversivo.

También podemos decir que es gracias a las histéricas que lo acompañaron en sus orígenes -esas escandalosas histéricas que tenían la osadía de desnudar con una mano lo que se desesperaban por cubrir con la otra- que el psicoanálisis siempre ha tenido que volver al cuerpo, aunque en algunos casos lo quisiera reducir a la dimensión de mero significante.

Los inicios -o la prehistoria, según queramos verlo- del psicoanálisis se dan a partir de la aceptación por Freud y Breuer de las ideas de Charcot de que el trauma produce estados hipnóticos de autosugestión que terminan llevando a los síntomas. Como lo mostraba el célebre neurólogo en sus reuniones clínicas de la Salpêtrière, las ideas pueden producir fenómenos somáticos sin base alguna en elementos de la realidad material. Existiendo también la versión vaudevillesca, ello contribuía a que, siendo verdad del pueblo, su plausibilidad aumentara en el sentido común. En esos escenarios se podía, por ejemplo, inducir la sugestión de que una pierna del sujeto hipnotizado se paralizaría y esto conllevaría la respectiva inmovilización.

El resto era una regla de tres simple: si a la idea sugestiva de la pierna paralizada seguía su inmovilización, la sugestión también debía revertir la parálisis de la pierna de una paciente que la exhibiera como síntoma. Pero la contra-sugestión hipnótica no dio resultados.

No habría habido futuro en esa línea de exploración, si Breuer, compañero de Freud en su aventura intelectual, no hubiera tomado de Moebius la idea de que la histeria tenía como condición la existencia de estados hipnoides. Así, los afectos funcionaban igual que en la hipnosis, pero en las histéricas no sería el médico o el hipnotista de proscenio quien iniciara a la persona en la condición mesmérica. Fue evidenciándose, entonces, la necesidad de llevar al paciente a re-experimentar los eventos que acompañaron la situación en que contrajo la enfermedad.

Los afectos adquieren, así, un sitio de relieve en la teoría de las neurosis, No sólo como tema de investigación sino que, sin duda, se jugaron en la relación entre los dos colegas.

*Estudios Sobre la Histeria* (Breuer y Freud, 1893-1895) es una obra unitaria, pero en ella no deja de verse las diferencias de concepción entre Freud y su com-

pañero de aventura intelectual y clínica. Breuer presenta una teoría que es claramente fisiológica. Son indicios de ello la permanente referencia a la “cuota de afecto” y a la falta de “ecualización de potenciales”. Freud, en cambio, siguiendo a Herbart (Jones, 1972; Roudinesco & Plon, 1998), ve la patología como producto del conflicto entre ideas.

Al igual que el carácter conflictivo que en sí conlleva el mencionado concepto, estos científicos dedicados a los histéricos y sus afectos, se ubicaron en posiciones divergentes y podemos decir que su obra es producto de la contradicción.

Así surgió un trabajo inaugural del psicoanálisis y de su visión sobre el afecto. Los puntos de vista relativamente divergentes de sus autores anuncian una pauta que se repetiría en la extensa línea de sucesión de su legado. La coexistencia de certidumbres al lado de dudas encubiertas por una teorización tentativa, signaría su derrotero.

Pero, por sobre todo, ese trabajo auroral incluyó una afirmación fundante de la verdad psicoanalítica: “las histéricas sufren de reminiscencias”. Aserto que, sin duda, Freud enunciaría con más entusiasmo que su colega, aunque años después, al descubrir la sexualidad infantil, tuviera que reemplazar por “las histéricas sufren de deseos”. Anotemos, al pasar, que los afectos están más cerca de los deseos.

Paulatinamente, los afectos fueron adquiriendo un lugar más importante. En *La Interpretación de los Sueños* (Freud, 1900) ya están relacionados con significados relevantes, y más adelante van adquiriendo la condición de portadores de sentido, hasta que dejan su exclusivo status como productos de las pulsiones y pasan también a ser fenómenos activados por el yo y a ubicarse como percepciones internas, como señal frente al peligro externo o a la emergencia de las pulsiones.

Pero Freud no fue, ni mucho menos, el árbitro definitivo de las concepciones sobre el afecto. En 1929 Jones (Jones, 1929) en el intento de organizar la maraña de los afectos, planteó el concepto de complejo, utilizado antes por Freud (quien reconoce su origen en Jung) redefiniéndolo como un conjunto organizado de representaciones y de recuerdos portadores de gran contenido afectivo, inconscientes parcial o totalmente.

Jones afirma que la dificultad de explorar el psiquismo consiste en la existencia de una serie de capas, alguna de las cuales se da en un nivel más superficial que otra, pero puede reaparecer cuando seguimos explorando los niveles más profundos, siendo este tipo de estratificación lo que hace tan difícil decir cuales son sus relaciones en términos del desarrollo.

Pero Jones no se queda en el nivel de las generalizaciones clínicas que tienen que ver con lo complejo de los complejos. Sustenta su reflexión una concepción tripartita de los afectos básicos: el miedo, la culpa y el odio. Ahí se aparta del

dictado engañoso del sentido común que comentábamos antes, y que asigna, por defecto, una valencia positiva al afecto. Y en ello deja ver, entre otras cosas, el importante impacto que hizo en él Melanie Klein.

Lo que sí parece una irresoluble interrogante es por qué no llama por su nombre a los afectos de su teoría. En el texto de 1929, en 14 ocasiones, Jones los denomina actitudes.

Pero algunos años después, Glover adjudicaba a la relativa negligencia del problema del afecto el detenimiento en el desarrollo del psicoanálisis. Daba como una razón importante de este desconocimiento la tendencia a interesarse demasiado exclusivamente en derivados ideacionales de la pulsión.

Y luego, con una sospechosa cortesía británica, se refiere al mencionado artículo de Jones, calificándolo como “uno de los esfuerzos más exitosos” en el intento de conceptualizar los afectos, pero siguiendo casi inmediatamente con una extensa secuencia en que va sumando, uno tras otro, los difícilmente salvables obstáculos que enfrenta la tarea de sistematizar los afectos, para concluir con un aserto que, si bien no se refiere explícitamente a Jones, lo deja a uno con un sabor a *coup de grace*: “...cuanto más simple es la clasificación, menos valor tiene.” (Glover, 1939, p. 301)

Sin embargo, al principio de los años 50, alguien reclamaba reducir la variedad que iba produciendo la exploración de los afectos. Quizá hasta anhelaba alguna clasificación simple, como las desdeñadas por Glover (1939): David Rapaport, otro importante teórico de los afectos, en su trabajo central de 1953 sobre el tema, comentaba que su rol en la terapéutica, por importante que fuera, no agota el significado clínico de los afectos. Señalaba cómo se definía como afectos a una variedad tan amplia de fenómenos que, mientras no hubiera una visión sistemática de ellos, aportarían más confusión que claridad a la clínica y la terapéutica. (Rapaport, 1953, p. 178.)

Cincuenta y ocho años después de fundado el psicoanálisis (si es que tomamos la aparición de los *Estudios Sobre la Histeria* como fecha inaugural) uno de sus rubros seguía produciendo una frondosa arborescencia de interrogantes y disputas entre los que intentaban sistematizarlo. Y sucede que ese rubro es, precisamente, el afecto.

No me extenderé sobre el desarrollo de la noción de afecto en los tiempos posteriores a los acá comentados. Los psicólogos del yo hicieron su aporte, como también Melanie Klein (1935), Winnicott (cuyo inolvidable *Odio en la Contratransferencia* (Winnicott, 1949), es sólo uno de sus importantes aportes a la comprensión del tema), Bion (1962) (para quien el pensamiento es fundamentalmente un proceso que tiene como objeto las emociones), Sandler (1972) (que aporta la visión de estratos históricos en diferentes modos de funcionamiento de

la mente), Kernberg (1974) que suscribe una teoría de la mente que le da un lugar central al afecto, siendo especialmente sugerente su noción de memoria afectiva, son sólo algunos de los autores que podría mencionar.

Cada uno de ellos ameritaría un espacio singular en este evento dedicado a los afectos, sus versiones y las subversiones que incita. Pero hay un excepcional sistematizador contemporáneo del difícilmente aprehensible concepto del afecto que sí merece un lugar de relieve.

André Green (1975) es, sin duda, el gran sistematizador de la compleja noción psicoanalítica del afecto, al que da un lugar central en su teoría.

Porque una persona tomada por una emoción (*en emoción*, dirá) está fuera de sí, ese es un momento de singular lucidez en que el afecto nos permite la percepción de estar habitados dentro de nosotros mismos. Será el trabajo del psicoanálisis el que nos llevará a descubrir el lugar y la dimensión de tan especial experiencia.

Green tomó elementos de diferentes formulaciones psicoanalíticas para dar al afecto el soporte teórico que merecía, al lado de otras formaciones de la mente. De Freud no sólo tomó elementos del modelo topográfico y de la teoría estructural, sino que rescató aquellos elementos del *Proyecto de una Psicología para Neurólogos* (Freud, 1950) que eran necesarios para instituir un lugar para el afecto.

Partiendo de las formulaciones del fundador del psicoanálisis, observó que un problema sustantivo con el modelo topográfico es no ser concebible en él una representación que no estuviera vinculada a una representación de palabra. Y en el modelo estructural -también limitando las posibilidades de conceptualización del afecto- existía la necesidad de que una representación se relacionara con una percepción externa. Por ello, los afectos no podían ser representaciones.

Para vencer ese obstáculo, Green apela al *Proyecto de una Psicología para Neurólogos*, (Freud, 1950), obra en la cual se considera que el afecto no es una experiencia de algo contemporáneo, sino la reviviscencia de alguna experiencia arcaica -incluso anterior a la adquisición del lenguaje- que sólo tiene un vínculo débil con la situación externa que parece producirla.

Esa es la manera en que Green consigue asignarle la categoría de *representación* al afecto.

¿Y qué representa el afecto?

Tomando nociones de la fase del espejo de Lacan (1971), Green nos dice que el afecto es un objeto de fascinación casi hipnótica para el yo, porque lo refleja a uno ante sí mismo.

## Lugar de los afectos en la práctica analítica

Mas allá de los diferentes ángulos de mira posibles respecto a la identidad del psicoanálisis, ya sea que lo consideremos una ciencia, una disciplina hermenéutica o algún tipo de práctica menos sistemático que lo que esos rótulos suponen; desde ninguno de esos ángulos se puede escapar al hecho de que esta disciplina enfrenta un problema especial, ya que la subjetividad del psicoanalista forma parte del instrumento de la clínica que, a su vez, es la fuente fundamental de la teoría psicoanalítica.

En esta perspectiva, el afecto del psicoanalista es una dimensión inevitable, y hace indispensable el proponer instrumentos para su esclarecimiento. La posición de Freud fue definir la contratransferencia como perturbación del proceso analítico, producto de los conflictos neuróticos no resueltos del psicoanalista, y prescribir el correctivo del re-análisis (Freud, 1910, 1912).

En los cincuentas, Paula Heimann (1950) y Heinrich Racker (1953, 1957) plantearon que la reacción afectiva del analista no proviene sólo de sus aspectos individuales neuróticos o sanos, sino que también responde a la conflictiva y la transferencia del paciente. Por ello, debe ser aprovechada en el análisis.

En los 60, Kernberg (1974) afirma que las reacciones emocionales del analista están íntimamente fusionadas y, aunque la contratransferencia debe resolverse, es útil en la comprensión del paciente.

Posteriormente, la subjetividad del psicoanalista se ha ubicado en el centro de la indagación. Jacobs (1986, 1991) enfatiza el uso que el analista hace de su propia personalidad en el proceso analítico, y Renik (1993) afirma que la subjetividad del psicoanalista es irreductible en grado tal que determina todos y cada uno de los aspectos de su comprensión, haciendo del psicoanálisis una tarea compartida por analizado y analista.

Pero, en esta revisión de la revaluación de la subjetividad del analista en el encuentro analítico, todos los autores mencionados hasta ahora pertenecen a lo que podríamos denominar la tendencia "clásica". Si agregamos a aquellos que ubican su aproximación teórica y clínica como una tendencia alternativa, el panorama se vuelve mucho más complejo.

Nos, en el 2001, consideraba inviable una caracterización de algo que pudiéramos llamar el punto de vista relacional, por ser una colección de modelos idiosincrásicos. Cada uno recibía un nombre según el aspecto de lo relacional que enfatizaba, entre ellos, psicoanálisis interpersonal, psicoanálisis de la interacción, modelo intersubjetivo, perspectivismo, mutualidad, psicología contextual y otros. También, esas denominaciones podían ser utilizadas de formas diferentes. En este sentido sorprenden las diferencias en los contenidos atribuidos al término inter-

subjetividad por tres autores de la importancia de Stolorow, Benjamin y Ogden. (Nos, 2001, p.p. 99-154)

Pero, por diversa y aparentemente caótica que pueda haber aparecido esta perspectiva en sus inicios, nos permite ampliar nuestra mirada del psicoanálisis, tanto en sus aspectos clínicos y terapéuticos, como en los teóricos. Es enriquecedor en sí mismo el enfoque de aspectos del encuentro entre analista y analizado antes soslayados, por ejemplo, lo obvio de que lo que el psicoanalista emite no son sólo interpretaciones verbales, sino que todo el complejo comunicativo, que incluye lo kinésico, proxémico y paraverbal, está implicado en su participación en la sesión.

### **Cuánto dice el psicoanálisis sobre los “afectos de la vida cotidiana”.**

¿Qué puede decirnos, por ejemplo, el psicoanálisis, sobre el amor?

Hay psicoanalistas que han tratado el tema, y magistralmente. Martin Bergmann (1987) y Otto Kernberg (1974) han hecho aportes singulares e importantes a este respecto.

Mientras que Bergmann nos ofrece una visión alternativa a la de Freud en la que, además de incorporar la segunda tópica, incluye consideraciones sobre la fase simbiótica de Mahler para agregar detalles importantes al reencuentro con el objeto primario, Kernberg, plantea que el desarrollo de las pulsiones libidinales y agresivas depende de las vicisitudes de los objetos, implicando que las relaciones de objeto internalizadas se constituyen en organizadores mayores del desarrollo pulsional.

Y desde la tradición francesa, Piera Aulagnier (1997) y Julia Kristeva (1987) tienen importantes aportes sobre el amor que se ubican en un discurso riguroso a la vez que evocativo, pero no necesariamente coincidente en algunos aspectos críticos.

Y de nuevo dentro del pensamiento anglosajón, Ethel Person, a quien tuvimos invitada a un congreso anterior y de quien nuestra Sociedad produjo la edición castellana de su obra *Dreams of Love and Fateful Encounters: The Power of Romantic Passion* (2008), es, en mi opinión, una voz muy importante en el debate y el esclarecimiento del amor.

Y no es posible omitir *Can Love Last? The Fate of Romance Over Time*, obra póstuma de Stephen Mitchell, (Mitchell, 2002) quien explora la relación conflictiva entre el amor y el deseo de la que Freud ya hablaba y dejó al respecto un célebre aforismo: “Dónde se aman, no desean, donde desean, no pueden amar.” (Freud, 1912/1958). El autor encuentra en la raíz de mucho del sufrimiento que experimentan las personas en su vida amorosa, la pérdida de la posibilidad de equilibrar el amor y el deseo.

Pero, al igual que en el caso de la teorización general o aquella referida a su aplicación en la sesión psicoanalítica, tratándose del afecto, tampoco la elaboración psicoanalítica del amor transcurrió tranquila y fluidamente.

Comentando el libro *Anatomy of Love* de Martin Bergmann (1987) Ethel Person (1992) afirmaba que merecía el crédito de haber hablado del tema y haberlo reconocido como agente de motivación humana digno de ser considerado por el psicoanálisis “durante el largo invierno psicoanalítico en que los teóricos hablaban más de disposiciones libidinales que de la vida afectiva, emocional, o de la vida subjetiva en general”.

### **A modo de conclusión provisional**

Revisando estos conceptos en un trabajo publicado hace unos años (Escribens, 2007, p. ) en especial la apreciación del “largo invierno” de que hablaba Ethel Person, decía yo que, en ese caso, también se dio la inveterada costumbre psicoanalítica de poner la teoría por delante de la observación y del intento de comprensión de los fenómenos.

Pero, pienso, varios años después, que una explicación alternativa, o quizá a la vez complementaria, pueda ser la función defensiva que las teorías cumplen para nosotros los psicoanalistas. Es cierto que ya hemos visto cómo, en lo que respecta a la clínica y la técnica, la confrontación con la propia intimidad alcanza al psicoanalista. Pero a veces la abstracción de los discursos teóricos puede proporcionar una barrera emocional adicional a la del encuadre para que el analista no se sienta tan directamente comprometido con aquello a lo que lo enfrenta.

Las disposiciones libidinales a las que hace referencia Ethel Person, como distractores de la aproximación a la vida subjetiva, por ejemplo, pueden sonar casi entomológicamente observables, frente a aquello que puede tocarlo a uno en el relato de la interminable soledad infantil de un paciente o del desamor sin horizontes de otra.

Pero no hay que pensar que las cosas son tan simples. Cada cambio que se ha operado en la teoría o la clínica psicoanalítica ha significado abrir la puerta a una realidad más compleja que la anterior.

Vale la pena escuchar, también, la sabiduría de Pinglo. Son dos las fuerzas humanas. El corazón y el alma. El corazón es un músculo –poderoso músculo- y el alma es etérea, pero su poder no es menor. Nada nos salva de la eterna contradicción: lo que puede servirle a uno de defensa en un momento, puede ser aquello frente a lo cual desee defenderse en otro.

Por ejemplo, en un trabajo titulado *Attachment Theory as Defense: What Happened to Infantile Sexuality?*, Kaveh Zamanian (2011), nos llama la atención

sobre cómo, tanto tiempo después de la publicación de las obras de Freud en las que desarrollara la concepción de la sexualidad infantil, se nos hace tan difícil comprender el alcance de una de sus contribuciones centrales, que es tal vez la más controvertida. En los últimos 50 años, nos dice, el psicoanálisis se ha alejado constantemente de la sexualidad infantil, sustituyéndola por el apego como el componente central del desarrollo psicológico.

Y, claro. Si cada cambio nos muestra una realidad más compleja y multiforme que la anterior, es evidente el nivel de incertidumbre en que nos sumerge. Aquí creo muy útil citar una afirmación de Evelyne Schwaber (1983), que podemos extender más allá del contexto en que la formuló, y que nos puede servir de inspiración:

El desafío, entonces, para nosotros los analistas y terapeutas, consiste en encontrar una fórmula proveniente de lo más hondo de nosotros mismos que nos permita aceptar la idea de que no conocemos una realidad que sea más “verdadera”, y que la del paciente, aún cuando sea una apreciación de nosotros, es tan real como la creencia que podemos tener sobre nosotros mismos. Si lo logramos, podremos reconocer el permanente riesgo de utilizar cualquier teoría que abracemos, no sólo en su función necesaria como ordenadora de los datos y ampliadora de nuestros umbrales perceptuales, sino como defensas frente al conocimiento de este crucial fenómeno -la relatividad de cada una de nuestras realidades. (Schwaber, E., 1983, p. 390).

**Resumen:** Luego de afirmar que los psicoanalistas –en nuestra práctica- nos vemos inmersos en el mundo afectivo, el autor propone tres perspectivas para abordar el tópico de los afectos, considerando que cada uno tiene que encontrar la verdad psicoanalítica dentro de uno mismo: 1- qué es el afecto para el psicoanálisis, 2- el lugar de los afectos en la práctica analítica y 3- cuánto dice el psicoanálisis sobre lo que denomina los “afectos de la vida cotidiana”, desarrollando su interrogante respecto al tema del amor?

En su reflexión dentro de esas perspectivas, y revisando las aproximaciones de diferentes autores psicoanalíticos, concluye que el psicoanálisis dice mucho sobre los afectos, pero que nada hará posible el final de la búsqueda debido a la mayor complejidad que cada nueva aproximación agrega. Siendo que el afecto involucra tan personalmente a los psicoanalistas, suscita la activación de poderosas defensas, con la complicación adicional de que lo que puede servirle a uno de defensa en un momento, puede ser aquello frente a lo cual desee defenderse en otro, todo lo cual pone de manifiesto el nivel de incertidumbre en que nos sumerge. Termina el autor con una cita de Evelyne Schwaber, que propone una definición de la verdad psicoanalítica.

**PALABRAS CLAVE:** AFECTO, AMOR, TEORÍA PSICOANALÍTICA, ODIO.

**Summary:** After asserting that psychoanalysis immerses its practitioners in a world of emotions, requiring each one to find the psychoanalytic truth within oneself, the author proposes three perspectives to address the topic of affects: 1 - what is affect for psychoanalysis, 2 – what is the place of emotions in analytic practice and 3-what psychoanalysis has to say about what he calls the “affects of everyday life”, focusing his question on the subject of love.

In his reflection within these perspectives, and reviewing different authors' positions, he concludes that psychoanalysis says quite a lot about affects, but nowhere we arrive at the end of the search due to the increased complexity that each new approach adds. Since affects so personally involve psychoanalysts, it raises powerful defenses, with the additional complication that each one used as a defense at some time, may be turned into that against which one wants to defend oneself in another. And all of that reflects the level of uncertainty in which we get caught up.

The author ends his text with a quote from Evelyne Schwaber, who proposes a definition of psychoanalytic truth.

**KEYWORDS:** AFFECT, LOVE, PSYCHOANALYTIC THEORY, HATE.

## Referencias

- Aulagnier á Castoriadis-Aulagnier, P. (1997). La violencia de la interpretación. Buenos Aires: Amorrortu (Original en francés: 1975).
- Bergmann, M. (1987). *The Anatomy of Loving: The Story of Man's Quest to Know what Love is*. New York: Columbia Univ. Press.
- Bion, W.R. (1962). Learning from Experience. Londres: Marsefield.
- Breuer, J. & Freud, S. (1893-1895) Studies on Hysteria. En *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (Vol 2, pp. xxxii-305). Londres: Hogarth Press, 1955.
- Escribens, A. (2007). El principio de irrealidad. Acerca del amor, el sexo y el psicoanálisis. En *Revista de Psicoanálisis* No.5, Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Pp xx-yy.
- Freud, S. (1900). The Interpretation of Dreams. En *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (Volume 4, pp. ix-627). Londres: Hogarth Press, 1955.
- \_\_\_\_ (1950). Project for a Scientific Psychology. En *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (Volumen 1, pp. 281-391). Londres: Hogarth Press, 1955.
- Glover, E. (1939). The psychoanalysis of affects. En *On the Early Development of Mind*, ed. G. Glover. New York: Int. Univ. Press, 1956.
- Green, A. (1975). *La concepción Psicoanalítica del afecto*. México, Siglo XXI Editores. (Original en francés: 1973).
- Heimann, P. (1950). On counter-transference. *Int. J. Psychoanal.*, 31, 81-84.
- Jones, E. (1929). Fear, Guilt and Hate. *Int. J. Psychoanal.*, 10, 383-398.
- Jones, Ernest. (1972). *Sigmund Freud Life and Work*, Volume One: The Young Freud 1856-1900. Londres: The Hogarth Press, p. 309
- Kernberg, Otto. (1974). Barriers to Falling and Remaining in Love En: *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 22:486-511
- Klein, M. (1935). Love, guilt and reparation. En: the Writings of Melanie Klein. Londres: Hogarth Press. Pp.306-343.
- Kristeva, J. (1987). *Historias de Amor*. México: Siglo XXI. (Original en francés: 1983).
- Lacan, J. (1971). *Escritos*. México, Siglo XXI Editores. (Original en francés, 1966)
- Mitchell, S. (2002). *Can Love Last?: The Fate of Romance over Time*. New York, Norton.
- Nos, J. (2001). La perspectiva relacional en el panorama psicoanalítico contemporáneo. *Temas de Psicoanálisis*, 6, 99-154
- Person, E. (1992). *The Anatomy of Loving: The Story of Man's Quest to Know what Love is*: By Martin S. Bergmann. (1987) New York: Columbia Univ. Press. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 40, 845-849.

- \_\_\_\_\_ (2008) *Sueños de Amor y Encuentros Decisivos. El poder de la pasión romántica*. (Trad. Rosario Yori). Lima, Fondo Editorial PUCP (Original en inglés 1987).
- Racker, H. (1953). Contribution to the problem of countertransference. *Int. J. Psychoanal.* 34 313-324
- \_\_\_\_\_ (1957). The meaning and uses of countertransference. *Psychoanal. Q.* 26 303-357
- Rapaport, D. On the psychoanalytic theory of affects. *Int. J. Psychoanal.*, 34, 177-198.
- Renik, O. (1993). Analytic interaction: conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. *Psychoanal. Q.*, 62, 553-571
- Roudinesco, Elisabeth y Plon, Michel. *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, 1998. (Original en Francés: 1997) p.p. 452-454
- Sandler, J. (1972). The role of affects in psychoanalytic theory. En: *Physiology, Emotions and Psychosomatic Illness*. CIBA Foundation Symposium 8. Amsterdam, Elsevier.
- Schwaber, E. (1983). Psychoanalytic Listening and Psychic Reality. *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 10, 379-392
- Winnicott, D.W. (1949). Hate in the Counter-Transference. *Int. J. Psycho-Anal.*, 30:69-74.
- Zamanian, K. (2011). Attachment Theory as Defense: What Happened to Infantile Sexuality?. *Psychoanal. Psychol.*, 28, 33-47.